Virginia Guedea

En busca de un gobierno alterno: los Guadalupes de México

México, D. F.

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

1992

412 p.

Cuadros

(Serie Historia Novohispana, 46)

ISBN-10: 968-36-2346-8

ISBN-13: 978-968-36-2346-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de agosto de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros

<u>/gobierno_alterno/guadalupes.html</u>



DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Covoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

Uno de los procesos de la historia mexicana sobre el que se han hecho numerosos estudios es, sin duda, el proceso por el que la Nueva España dejó de ser una colonia para convertirse en país independiente. Sin embargo, es también uno de los procesos más necesitados de una revisión seria por parte de los historiadores, ya que las explicaciones que de él tenemos no parecen dar cuenta de manera cabal y satisfactoria de lo que fue. Por una parte, el interés se ha concentrado en algunos de sus aspectos, mientras que otros han sido dejados de lado casi por completo. Por otra, las líneas de investigación seguidas en cuanto a sus aspectos más trabajados han sido prácticamente las mismas durante largo tiempo. A esto se debe el que desde hace ya algunos años se esté dando un renovado interés por estudiarlo, por abordar su problemática desde nuevas perspectivas y por analizar aquellas de sus facetas que hasta hace no mucho habían sido poco estudiadas.

En buena medida, parte del problema se ha debido a que la insurgencia —la lucha armada— ha sido vista, y no sin cierta razón, como la vía principal por la que se accedió a la independencia política. Esto, además de fijarle límites cronológicos muy precisos y por demás estrechos, ha provocado que el proceso de emancipación haya sido abordado muchas veces como un fenómeno aislado y no como parte -muy importante, pero parte al fin y al cabo- de ese proceso más amplio que es la formación de un Estado nacional. Asimismo, en ocasiones se ha dejado de lado el hecho de que la Nueva España era parte de un imperio y que los movimientos que condujeron a su independencia respondieron no sólo a una situación interna específica, y hasta única, sino también a condiciones de índole más general por las que también atravesaban otras posesiones españolas por ese entonces. El debilitamiento del régimen colonial novohispano y su eventual desaparición se dieron dentro de un contexto más amplio, el de una crisis que afectó a todo el imperio español.

Un aspecto del proceso de emancipación cuyo estudio permite abordarlo desde una perspectiva que, a mi parecer, puede resultar más integral, lo constituye el comportamiento que observaron los distintos sectores urbanos durante los años en que se dio dicho proceso. La crisis



de índole fundamentalmente política a que diera inicio la desaparición del poder real provocó que se buscaran respuestas que fueron también de naturaleza fundamentalmente política, y la política se da, de manera primordial y casi por definición, en los centros urbanos. Fue, pues, en ellos, sedes de las distintas instancias del gobierno colonial y lugares donde residían quienes detentaban el poder político y controlaban la vida social y económica de sus regiones, donde primero se tomó conciencia del problema y desde donde entonces se procuró encontrarle una solución. Esto se daría no sólo entre quienes conformaban los grupos de poder. El ocuparse de "los asuntos del día" y discutir y opinar sobre lo que sucedía tanto en España como en sus dominios, muy en particular en la Nueva España, se convirtió en una actividad que fue común a casi todos los sectores urbanos. Así, las ciudades y poblaciones del virreinato se politizaron.

Esta politización se reflejaría no sólo en una toma de conciencia del problema y en la búsqueda de su solución. Se reflejaría sobre todo, y cada vez más, en la revisión primero de las propias circunstancias y de los propios intereses y más tarde en el replanteamiento de objetivos. La falta de un poder central y los cambios en la organización política del imperio que le siguieron brindaron a muchos de los novohispanos la oportunidad tanto de cuestionar al régimen colonial como de luchar por alcanzar el poder político dentro del virreinato, lo que les permitiría obtener una nueva ubicación en su estructura económica y social. Esto daría lugar, por un lado, a la insurrección armada; por el otro, al enfrentamiento de los distintos intereses. Pero también daría lugar al establecimiento de alianzas y a la conformación de nuevos grupos. Asimismo daría lugar a la formación de una nueva cultura política, en la que tendrían cabida y se asimilarían las nuevas ideas y las nuevas prácticas liberales provenientes de la Península. Enfrentamientos que no siempre se resolvieron, alianzas y grupos que no siempre desaparecieron y cultura política que en gran medida siguió vigente al alcanzarse la independencia.

Por otra parte, el estudio de lo que ocurría al interior de los centros urbanos permite entender también en cierta forma lo que sucedía en las regiones donde se encontraban. Si bien el papel hegemónico que muchas ciudades y poblaciones novohispanas desempeñaron a lo largo de la historia colonial como centro de sus regiones sufriría alteraciones a partir del inicio de la lucha armada, sobre todo en las zonas donde ésta se dio, tales alteraciones no implicaron la desaparición de los vínculos que existían entre los centros urbanos y sus regiones sino que dieron lugar a su revisión y a su replanteamiento. Revisión y replanteamiento en los que incidiría de manera determinante la reorganización política



decretada por las Cortes españolas y la cual vendría, además, a abrir nuevas vías de expresión a los intereses de localidades y regiones. Todo ello llevaría a revisar y a replantear también las relaciones de las regiones entre sí y entre ellas y el centro, problema que después de la independencia se agudizaría y cuya resolución sería fundamental para la consolidación del nuevo Estado nacional.

De los distintos sectores que residían en ciudades y poblaciones me interesan en particular aquellos a los que tradicionalmente se han agrupado bajo el rubro general de criollos, los nacidos y criados en la tierra, que compartían un sentido de identidad, el de ser americanos, y que se articulaban alrededor de los ayuntamientos, a través de los que se veían representados. Este sentido de identidad americana había venido a verse reforzado por las reformas emprendidas por el Estado Borbón a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, las que a más de aumentar la exacción de impuestos redujeron la participación de los nacidos en el virreinato en los órganos del gobierno novohispano. La respuesta de los criollos a esta política centralizadora imperial fue la de buscar determinados cambios que les permitieran un mayor acceso a la toma de decisiones dentro de la Nueva España y lograr así un cierto grado de autonomía interna. Por otra parte, este reforzamiento de un sentido de identidad americana coincidió en el tiempo con la difusión de esa nueva ideología que fue la Ilustración, la que los criollos fueron adoptando como suya y en la que se apoyaron para proyectar los cambios que buscaban, cambios que debían ser en un principio de naturaleza fundamentalmente política.

La existencia de un sustrato ideológico común hizo que, no obstante las grandes y variadas diferencias que se daban entre los distintos centros urbanos de la Nueva España, a partir de la crisis política de 1808 en muchos de ellos sus sectores criollos, a través de sus cabildos, manejaran de igual manera determinadas ideas y llegaran a asumir posturas semejantes. Fueron estos sectores criollos urbanos los primeros en proponer soluciones específicas a los problemas que la desaparición de la monarquía española vino a provocar en la Nueva España. Fueron también los primeros que, al plantear la necesidad de revisar las circunstancias novohispanas a la luz de los acontecimientos que se daban por entonces en la Península, cuestionaron seriamente al régimen colonial y manifestaron con claridad su descontento. De igual manera, fueron los primeros en buscar nuevos caminos para enfrentarse a unas autoridades que no se hallaban dispuestas a transigir. Fue precisamente una conspiración urbana la que dio ocasión a que se iniciara la lucha armada. Y si bien la insurgencia se daría de manera primordial en el campo y buscaría reivindicar agravios de naturaleza un tanto distinta



a los suyos, por lo que nunca lograrían integrarse plenamente a ella, diversos grupos de criollos urbanos supieron aprovechar la coyuntura que tanto la crisis peninsular como el estado de guerra les ofrecían para presentar al régimen sus demandas y para promover sus intereses. Por último, serían algunos de estos sectores los que acabarían por imponer sus puntos de vista al consumarse la independencia.

De entre las diversas formas con que estos sectores criollos urbanos fueron haciendo frente a la situación por la que entonces atravesaba la colonia, me ha interesado de modo especial una de ellas, la de las sociedades o grupos secretos que se formaron en algunas de sus principales ciudades. Su aparición muestra que algunos novohispanos se habían decidido a utilizar un medio que, si bien era cada vez más socorrido en varios países de Europa por quienes buscaban alcanzar ciertos cambios políticos y sociales, no había sido empleado hasta entonces en la Nueva España, donde no he encontrado que existieran realmente sociedades secretas a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es más, asociaciones de otra índole que por entonces proliferaban en otros países, como las económicas, las filantrópicas o las patrióticas, sólo se dieron en ella de manera ocasional.

Estas agrupaciones secretas me han interesado principalmente por dos motivos. El primero, porque representaron una nueva forma de hacer política, que permitió la acción conjunta de individuos procedentes de diversos estratos socioeconómicos y fue dando lugar al surgimiento de nuevos y distintos grupos de poder. Tuvieron, pues, un sentido moderno. El segundo, porque esta nueva forma, incipiente y poco usada en sus inicios, se iría consolidando y utilizando cada vez más, hasta convertirse, poco después de alcanzada la independencia, en la principal forma de acción política que se dio en el país. Su surgimiento permite ver no sólo cómo nuevas circunstancias dieron lugar a nuevas formas de acción y de organización políticas, sino también cómo estas nuevas formas, utilizadas en un principio para enfrentarse al poder dentro de un Estado colonial, pasaron a ser la manera de acceder al poder dentro de un Estado nacional.

Las primeras sociedades o grupos secretos novohispanos de que tengo noticia aparecieron a poco de haberse iniciado la insurgencia y estuvieron directamente vinculadas con este movimiento. Sería con posterioridad, a resultas de la lucha que entre constitucionalistas y absolutistas se dio por todo el imperio español, que aparecían otros nuevos, ya sin vinculación directa con la lucha armada y relacionados todos con la masonería. Las sociedades secretas que surgieron en relación directa con la insurgencia lo hicieron al tiempo que ésta alcanzaba su mayor fuerza y extensión e intentaba organizarse militar y políticamente esta-



bleciendo un órgano de gobierno alterno. Fue, pues, el movimiento insurgente organizado el que dio oportunidad de manera inmediata a su aparición y condicionó en buena medida sus acciones. También condicionó en parte su desaparición. Dos fueron tan sólo las asociaciones secretas —hasta donde sé— surgidas por entonces en el virreinato, las que se dieron en dos importantes centros urbanos, Jalapa y México, y las que estuvieron vinculadas con dos intentos insurgentes de establecer una junta de gobierno, la de Naolingo y la de Zitácuaro. La jalapeña, de filiación masónica como derivada de la Sociedad de Caballeros Racionales fundada en Cádiz, tuvo una vida muy corta y no llegó ni a consolidarse ni a significar un apoyo de consideración a la insurgencia. La mexicana, la llamada de los Guadalupes, que surgió y se desarrolló sin vínculos directos con el exterior, logró una organización que le permitió actuar con eficacia durante varios años en favor del movimiento, al que prestó servicios significativos.

El hecho de que en la capital novohispana se hubiera dado una organización de este tipo que alcanzó a tener éxito en sus intentos fue lo que atrajo en un principio mi atención y me llevó a dedicarme a su estudio. La muy noble, insigne, muy leal e imperial ciudad de México, cabeza de todos los reinos y provincias de la Nueva España y metrópoli de la América Septentrional, nunca llegó a caer en poder de los insurgentes. No obstante, como en pocas ciudades novohispanas -quizá como en ninguna otra- el fenómeno de la insurgencia se vivió en ella de manera ininterrumpida durante los años en que se mantuvo el conflicto armado. Capital del virreinato, sede de sus más altas autoridades y centro del poder y de la toma de decisiones de un régimen colonial que se enfrentaba a una insurrección armada, sus habitantes pudieron tener un conocimiento claro y continuo de lo que ocurría en relación al movimiento en todo el ámbito novohispano. Y esto influyó en la toma de conciencia, o por lo menos en la percepción del fenómeno, de muchos de ellos, así como en que se decidieran, en un momento dado, a darle determinadas respuestas. La organización de un grupo secreto con el propósito de prestarle su apoyo sería una de ellas.

Pero el apoyo de los Guadalupes a la insurgencia fue tan sólo una faceta, aunque bien importante, de las actividades de este grupo. La muy noble, insigne, muy leal e imperial ciudad de México, cabeza de todos los reinos y provincias de la Nueva España y metrópoli de la América Septentrional, no sólo era el centro del poder novohispano. Era también el punto de atracción de las influencias de fuera y al que llegaban y en el que se hacían sentir más que en ninguna otra ciudad del virreinato los vaivenes de la política imperial. Al igual que ocurrió con la insurgencia, muchos de sus habitantes tuvieron un conocimiento claro



de lo que sucedía en otras regiones del imperio español, en particular en la Península, y cuáles eran las opciones de cambio que en un momento dado plantearon los empeños reformistas y modernizadores de ese nuevo gobierno central en el que se hallaban ya representados los reinos americanos. Y esto influyó en que tomaron conciencia de lo que significaban estos cambios y se decidieran a darles determinadas respuestas. La utilización de una asociación secreta ya organizada, que permitía servir de núcleo coordinador para conjugar esfuerzos y acciones dentro de la ciudad fue una de ellas. Es más, el hecho mismo de haberse organizado en un grupo secreto para ayudar a la insurgencia demuestra hasta que punto algunos capitalinos fueron capaces de utilizar experiencias ajenas hasta entonces a la Nueva España para el logro de sus propósitos.

En la propia correspondencia de los Guadalupes hay diversas referencias a algunas de sus actividades dentro de la capital. Igualmente registran noticias de ellas quienes se han ocupado tanto de historiar a este periodo como al grupo en particular. No obstante, existe cierto grado de dificultad para su estudio por varias razones. Por una parte, por el cuidado que tuvieron los mismos Guadalupes de mantener en secreto su existencia y no dejar registro alguno de ella; sabemos de sus actividades en favor de la insurgencia porque fueron los insurgentes los que perdieron parte de sus papeles. Por otra, porque en estas actividades capitalinas participaron numerosos individuos ajenos a la asociación y así su actividad, cuando aparece, lo hace en forma un tanto diluida. Pero quizá la razón de más peso sea que las actividades proinsurgentes de los Guadalupes han atraído a tal grado el interés de quienes de ellos se han ocupado que ha hecho se dejen un poco o un mucho de lado aquellas que llevaron a cabo dentro del sistema colonial y que fueron tan importantes como las primeras.

Porque, a pesar del apoyo e interés que los Guadalupes brindaron al movimiento insurgente, éste no les significó más que una opción para alcanzar sus fines de acceder a una mayor participación dentro de la vida política del virreinato, de lograr una mayor autonomía, de establecer en última instancia un gobierno alterno. Otras opciones se les presentaron dentro del sistema, muy en particular a partir de la implantación del régimen constitucional. Los Guadalupes no fueron únicamente un grupo de partidarios de la insurgencia. Fueron, más que otra cosa, un grupo de criollos ilustrados que se hallaban colocados en una situación realmente estratégica que les permitía no sólo tener una visión global de las circunstancias novohispanas, tanto domésticas como imperiales, sino también encontrar la forma de utilizarlas en provecho de sus pretensiones autonomistas. Pienso que si se les estudia desde esta pers-



pectiva se entenderá mejor cómo fue que surgió este grupo, y el sentido de sus actividades —ya en favor de la insurgencia, ya dentro del sistema— cobrará una dimensión más amplia.

Un factor de importancia que me permitió acceder a su estudio fue el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre con casi todas las demás agrupaciones de esta naturaleza, sobre la de los Guadalupes se conocía ya parte importante de la documentación que generó su relación con la insurgencia. Asimismo, los historiadores contemporáneos de ellos dejaron registro de muchas de sus actividades. Finalmente, hace va varios años despertó el interés de dos especialistas, Wilbert H. Timmons y Ernesto de la Torre, los que han publicado varios trabajos sobre los Guadalupes y la independencia, el primero en 1950 y el segundo en 1966 y 1985. De la Torre, además, dio a la luz, entre otros documentos, la correspondencia que de este grupo fuera tomada a José María Morelos por los realistas en Tlacotepec. Así pues, desde hace mucho se tiene conocimiento de esta asociación y de sus actividades, sobre todo las relacionadas con la insurgencia, y esto constituyó la sólida base en que me apoyé para llevar a cabo el presente trabajo. La revisión y el análisis de toda esta información me fue de suma utilidad para localizar nuevos materiales referentes a los integrantes de este grupo. Así encontré parte de la correspondencia de algunos de ellos con varios insurgentes. Igualmente localicé documentación que se refiere a sus actividades dentro del sistema cclonial, como fue su participación en los distintos procesos electorales a que dio lugar la implantación del régimen constitucional. Por último, encontré también algunos de los procesos, causas y diligencias que por sus distintas actividades les siguieran a varios de ellos las autoridades coloniales.

De cómo surgió este grupo, cuáles fueron sus propósitos y quiénes se encargaron de llevarlos a cabo es de lo que me ocupo en las páginas que siguen. De lo que ellas contienen y de lo que en ellas falta asumo total responsabilidad. Me queda bien claro que el análisis que hago y las explicaciones que propongo, dada la índole misma de mi objeto de estudio y dadas las lagunas de información que sobre él faltan por llenar, resultan por demás susceptibles de ser revisados y corregidos.

Para finalizar, debo dejar constancia de que en esta tarea recibí ayudas y apoyos que en mucho enriquecieron y facilitaron mi trabajo. En primer término debo registrar el nombre del doctor José Miranda, a quien primero oí hablar de los Guadalupes y cuya recopilación de la correspondencia de este grupo efectuada a principios de los años sesenta en el Archivo General de Indias, en Sevilla, que por desgracia no llegó a publicarse, me fue de suma utilidad. También debo expresar mi agradecimiento al Instituto de Investigaciones Históricas de la unam, del



que soy miembro, y a mis colegas que lo integran, en particular al doctor Álvaro Matute, quien hace mucho tiempo me animó a trabajar sobre los Guadalupes, y a la licenciada Amaya Garritz, por su apoyo e interés. Mención aparte merecen mis compañeros del Seminario de Rebeliones y Revoluciones en México, los maestros Rosa de Lourdes Camelo, Felipe Castro y Carmen Vázquez, el doctor José Luis Mirafuentes y la licenciada Teresa Lozano, por sus interesantes y valiosos comentarios al discutir con ellos parte de mi trabajo.

El maestro Castro y el doctor Mirafuentes, así como los doctores Sergio Ortega, también del Instituto de Investigaciones Históricas, Hira de Gortari, del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, y Andrés Lira, de El Colegio de Michoacán, quienes como sinodales revisaron este trabajo en su versión de tesis doctoral, me hicieron agudas observaciones e interesantes sugerencias que me fueron de suma utilidad. La licenciada María del Refugio González, del Instituto de Investigaciones Iurídicas de la UNAM, me auxilió siempre con sus conocimientos sobre los abogados novohispanos. A los doctores Jaime E. Rodríguez O., de la Universidad de California, y Christon I. Archer, de la Universidad de Calgary, entusiastas y profundos conocedores del periodo que estudio, debo largas horas de atención, innumerables sugerencias y un constante e incondicional apoyo. Además, el doctor Rodríguez gentilmente me proporcionó copia de la documentación que sobre los Guadalupes se encuentra en la Universidad de Texas, en Austin, y en el Museo de Historia de San Jacinto, también en Texas. A la Fundación Rockefeller agradezco su invitación para residir durante cinco semanas en su Centro de Estudios y Conferencias en Bellagio, Italia, que me permitió llevar a cabo buena parte de la revisión final de este trabajo. Por último, mi maestra, colega y amiga Rosa de Lourdes Camelo no sólo me ayudó durante todo el largo proceso, desde que inicié la investigación hasta su redacción final; también aceptó fungir como directora de tesis primero y como asesora de su conversión en libro después. Su aguda perspicacia me resultó una ayuda invaluable para llevar a cabo este trabajo, y su aliento constante me dio los ánimos necesarios para terminarlo.

México, D. F., a 31 de octubre de 1990.